

cratas se sentían inclinados á ayudar al poderoso imperator, del cual temían que quisiese proclamarse único jefe del Estado, confi6se aquella expedición á un hombre sin importancia, á Cayo Manilio, tribuno de la plebe durante el año 66, que desde que había entrado en posesión de su cargo había reñido con todos los partidos, buscando únicamente el favor de Pompeyo. Manilio presentó la proposición de ceder á Pompeyo el mando de las provincias del Asia Menor y la dirección de la guerra contra Mitridates y Tigranes, invistiéndole para ello de plenos poderes; y en el estado en que se encontraban las cosas en Roma, esta rogación no encontró apenas resistencia, de suerte que Pompeyo obtuvo una serie de atribuciones que no había podido conseguir romano alguno.

El nuevo general en jefe hizo á toda prisa los aprestos necesarios, y procuró preparar convenientemente la guerra por la vía diplomática, á cuyo fin renovó la antigua amistad con los partos; y cuando en Galacia, no sin apelar algunas veces á la violencia, recogió los restos del ejército de Lúculo, pudo disponer de 40 ó 50,000 hombres, además de las tropas auxiliares asiáticas. Naturalmente Mitridates no quiso consentir en someterse incondicionalmente, como exigía Pompeyo, y entonces éste invadió el Ponto con el grueso de sus fuerzas. Mitridates, que contaba entonces con solos 30,000 infantes y 3,000 jinetes, mantúvose durante mucho tiempo á la defensiva, evitando todo combate, mientras Pompeyo procuraba cortar la retirada hácia el reino de Tigranes. Cuando los romanos, despues de difíciles marchas y de excelentes movimientos, y de haber conseguido que se les unieran las legiones de Cilicia, se encontraron en situación de poder destruir en una batalla las fuerzas del rey p6ntico, Pompeyo, por medio de un hábil rodeo, cortó á éste el camino en el Licos superior (hoy Yeschil-Irmak), es decir, en la comarca donde posteriormente se levantó la ciudad de Nicópolis, atacando de noche al ejército p6ntico, que fué completamente aniquilado. Mitridates, con muy pocos de los suyos, logró escapar de la derrota y huir hácia Armenia, en donde se encontró con que Tigranes se había declarado enemigo suyo. Un hijo del rey armenio y de Cleopatra, hija de Mitridates, llamado también Tigranes, se había sublevado contra su padre; pero habiendo perdido una batalla, hubo de refugiarse en Ctesifonte, corte del rey parto Frates III, á quien indujo, durante las luchas entre Pompeyo y Mitridates, á intentar un ataque contra la capital armenia Artaxata. Esta tentativa fracasó, pudiendo el anciano Tigranes vencer rápidamente á los sublevados armenios y á los partos. En tales circunstancias, no se sentía Tigranes muy dispuesto á luchar contra el victorioso Pompeyo, tanto menos cuanto que tenía poca confianza en Mitridates, que había estado en relaciones secretas con el hijo rebelde. A consecuencia de esto, la corte de Artaxata entabló negociaciones de paz con Pompeyo, abandonando la causa del rey p6ntico.

Cuando Mitridates, despues de la derrota de Nicópolis, llegó á las fronteras armenias, supo que su yerno no solo se negaba á admitirle en sus dominios, sino que había ofrecido cien talentos por su cabeza. No tuvo, pues, mas recurso que dirigirse á las provincias septentrionales de su reino y formarse en ellas una nueva base militar para la continuación de la guerra contra los romanos.

Pompeyo persiguió á Mitridates hasta la orilla meridional del río Fasis, en la Cólquide, y luego se dirigió á Artaxata (situada en la comarca de la actual Erivan) para firmar cuanto antes el tratado de paz con la Armenia. Acampado á tres millas de la capital, vió aparecer en su campamento al jóven Tigranes, que se presentó á él como mortal enemigo de su padre. En tales circunstancias, el anciano rey armenio, cuyo carácter débil y vacilante, y cuya desgracia político-militar, que desde

las hazañas de Lúculo le había perseguido, le habían incapacitado para resistir á los romanos, apresur6se á firmar con Pompeyo una paz que ponía rápido fin al efímero poder de Armenia, ya que á consecuencia de ella no solo hubo de entregar 6,000 talentos al erario de Roma y hacer un presente á los soldados romanos, sino que se vió precisado á restituir á Corduene y todas las conquistas que había hecho en Siria, Cilicia y Capadocia. Corduene y la comarca del Éufrates, Sofene, fueron cedidas á su hijo; y así la Armenia, que por su situación estratégica era tan á propósito para la dominación del Asia occidental, pasó á la condición de Estado vasallo de Roma.

IX.—POMPEYO EN EL FASIS. POMPEYO CONVIERTE LA SIRIA EN PROVINCIA ROMANA. MUERTE DE MITRIDATES

Entonces el ejército romano pudo establecer sus cuarteles de invierno en el suelo armenio, entre el Éufrates superior y el Ciro (Cur), río que baña los territorios del Norte de Armenia. Poco tiempo, sin embargo, pudo permanecer en reposo: no era ya el anciano rey Mitridates, refugiado en Dioscuria, en la costa de la Cólquide, el que había de obligar á los romanos á emprender una campaña de invierno, sino los pueblos guerreros que habitaban entre el Ciro y el Cáucaso, y que creían amenazada su independencia por la marcha victoriosa de Pompeyo. Eran estos especialmente como arqueros, jinetes y residentes en la que despues fué Georgia, y el pueblo de pastores albaneses, habitantes en la actual Shirvan, es decir, en el Ciro inferior hasta el mar Caspio, tribus ambas que en la lucha se distinguían especialmente como arqueros, jinetes y lanceros. En los últimos días del año 66 los albaneses, conducidos por su caudillo Oroezes, atravesaron el Ciro y atacaron el campamento romano, viéndose, sin embargo, rechazados hasta las orillas de este río. El caudillo ibero Artozes había aparentado sentimientos favorables á los romanos; pero habiendo sabido Pompeyo que preparaba aquel una traición, emprendió, en la primavera del año 65, una nueva campaña, dirigiéndose á marchas forzadas hácia los territorios iberos, y consiguiendo, sin grandes dificultades, apoderarse de las fortalezas iberas Harmozica y Seusamora, que, situadas sobre la actual Tiflis, dominaban las comunicaciones entre Iberia y Armenia. Despues pasó el Ciro, derrotó completamente á orillas del Peloros al caudillo Artozes y le obligó á someterse. Hecho esto, el general romano, que en esta expedición se nos aparece no solo como conquistador, sino como explorador geógrafo, condujo su ejército por el paso de Sarapana hácia el valle superior del Fasis, y siguiendo la corriente de este río al través de espesos bosques vírgenes, llegó hasta su desembocadura, en donde se reunió con la escuadra romana que, mandada por el almirante Servilio, dominaba por completo en el mar Negro. Entonces, con meditada prudencia, decidió suspender la persecución de Mitridates y esperar la conducta futura del rey p6ntico, y en vez de intentar la arriesgada campaña por el Cáucaso y hácia la Crimea, confió á Servilio la misión de vigilar las costas del Asia Menor y de bloquear los puertos del Norte del Ponto, mientras él conducía de nuevo su ejército hácia el Oriente, es decir, hácia la corriente inferior del Ciro, donde los albaneses habían organizado una nueva y peligrosa sublevación. Pompeyo atravesó el río, y junto al río Abas ó Alazonios (hoy Alasan) á tres millas del mar Caspio, se encontró frente á frente del grueso de las fuerzas albanesas (60,000 infantes y 12,000 jinetes), haciéndoles sufrir tal derrota, que este pueblo hubo de someterse definitivamente á los romanos. De esta suerte extendió Pompeyo las fronteras de los dominios romanos hasta las vertientes meridionales del Cáucaso y hasta los territorios que baña el mar Caspio.

Desde este tiempo y durante muchos años, el celebrado imperator estuvo ocupado en hacer que toda el Asia anterior, al Oeste del Éufrates, reconociera incondicionalmente la soberanía de los romanos; en ordenar y asegurar en toda esta parte del Oriente las buenas relaciones; y sobre todo en conquistar para Roma la herencia de los Seléucidas, sin que hubiera de hacer uso de las armas, á excepcion solamente de una pequeña lucha sostenida en Palestina. Su expedición á las fronteras egipcias puede considerarse como un simple paseo militar, siendo su principal objeto poner en orden el confuso estado de cosas del reino sirio. En las fronteras orientales de las estepas, dominaban, las mas de las veces con gran perjuicio de las comarcas sirias civilizadas, los caudillos ó emires de los árabes beduinos, cuya fuerza residía en los oasis vecinos y se extendía también sobre algunas ciudades sirias. Los que mas importancia tenían entonces eran Abgaros, emir de los mardanos, que gobernaba la comarca de Edesa y Carre, al Noroeste de la Mesopotamia, y mas hácia el Sur, el emir Sampsiceramos, caudillo de una tribu árabe de Emesa, que poseía la ciudad de Aretusa. La Siria propiamente dicha se encontraba presa del mayor desorden, viéndose el rey Antíoco XIII amenazado por un pretendiente. En las comarcas centrales se mantenían independientes en algunas ciudades y distritos varios reyes, muy dados á la rapiña; y en las meridionales, junto á los bandidos itureos, dominaban por un lado los nabateos que, gobernados por su rey Aretas, tenían por capital la famosa ciudad de Petra, y por otro, el pueblo guerrero de los judíos. Entonces se hallaba muy debilitado por las luchas interiores el incremento de este último pueblo, cuyos audaces y afortunados caudillos asmeoneos habían conquistado poco á poco la costa desde el Carmelo hasta las fronteras egipcias, á excepcion de Ascalon, y se habían extendido por el Jordan y el mar Muerto en perjuicio de los nabateos. El partido de la antigua teocracia, conocido con el nombre de fariseos, luchaba por el poder con el otro partido llamado de los saduceos que patrocinaba la idea de una monarquía militar.

Muerto en 79 el enérgico Alejandro Janeo, que había sojuzgado al bando sacerdotal, los partidos se entregaron desde el año 69 á reñidas luchas intestinas. La misma casa real se hallaba dividida: el bondadoso aunque débil Sumo Sacerdote Hircano, protegido por la teocracia y por las masas, se vió amenazado por su hermano menor Aristóbulo, que disponía de los mercenarios y que al fin logró vencer á su rival. Entonces el partido de los fariseos se dirigió al rey nabateo Aretas y obtuvo su apoyo mediante la promesa de que le devolverían los territorios de la costa que antes le habían sido arrebatados. En su consecuencia en el año 65 Aristóbulo se vió sitiado en Jerusalem por 50,000 árabes.

Pompeyo, que quería poner término á este estado de cosas tan perjudicial para algunas ciudades helénicas del territorio sirio, envió en el año 65 á Mesopotamia y Siria, á varios de sus legados con pequeñas divisiones de ejército, con el encargo de someter á los árabes de Edesa, proteger la ciudad de Damasco y arreglar por último el conflicto judío. El mismo se dirigió en persona, durante el invierno del año 65 al 64, á las cercanías del mar Caspio, y marchó á principios del año 64 al Oeste hácia las antiguas comarcas p6nticas de Mitridates, para llevar á cabo una expedición al Amisos, con el fin de conquistar las fortalezas sublevadas y de restablecer definitivamente el orden en todos los asuntos políticos del Asia. A fines del año 64 llegó á Siria, donde la llegada de su fuerte y siempre victorioso ejército puso fin á la anarquía que allí reinaba, y comenzó por deponer á la dinastía de los Seléucidas. Solo dejó subsistente el pequeño principado de Comagene; en cambio Antíoco XIII, último rey de Siria,

perdió el trono, y muy pronto la vida á manos de Sampsiceramos, y Pompeyo convirtió el que hasta entonces había sido reino sirio en provincia romana. Todo el vasto territorio que se extendía desde el alto Éufrates y desde el golfo Isico hasta las fronteras de los partos y hasta el istmo de Suez pasó de derecho á poder de los romanos: de hecho, sin embargo, contentóse Pompeyo con que quedara en Antioquía un gobernador romano que debía cuidar del nuevo orden de cosas, poner de manifiesto á cada momento la soberanía romana, y percibir los impuestos. Para favorecer á algunas ciudades griegas que contaban con fuerte apoyo en Roma, fué la nueva y extensa provincia dividida en distintos distritos municipales libres. Estos lugares que fueron muchos y constantemente gozaron del favor de los romanos, conservaron sus tribunales y administración propia: su constitución fué organizada á modo de censo aristocrático, y las contribuciones para Roma debían ser por ellos mismos recaudadas. Siguiendo el sistema que evitaba á los romanos las molestias de una administración detallada, vali6se Pompeyo de los mismos caudillos, cuya soberanía respetó, convirtiéndolos en órganos y recaudadores de contribuciones del gobierno provincial. De esta suerte subsistieron, algunas hasta muy entrado el primer siglo de la era cristiana, las soberanías de los reyes de Comagene, de Cálcis, del Líbano (que gobernaban también el valle que se extendía entre el Líbano y el Antilibano é Iturea en el Hauran), de Abila (hoy Serk-Wade-Barada) al Oeste del Antilibano, de Aretusa y Emesa, de Damasco y Petra, y finalmente la de los príncipes judíos.

Solo en Palestina hubo de sostener Pompeyo formales luchas: sus legados Gabinio y Scauro habían decidido, antes de la llegada de su general, las contiendas de Jerusalem en favor de Aristóbulo y firmado de nuevo la paz con Aretas; pero cuando Pompeyo llegó á Siria y estableció, durante el invierno de 64 á 63, su cuartel principal en Damasco, dejóse convencer por el partido sacerdotal, cuyos intereses mas que con el de los judíos coincidían con la soberanía romana, y resolvió deshacerse de Aristóbulo y arrebatarle el poder. El rey vaciló mucho tiempo antes de entregarse; pero cuando Pompeyo condujo su ejército hácia Jericó, y estableció su campamento en el punto en que el torrente Crith confluye con el Jordan, vióse precisado á someterse. Esto no obstante, sus partidarios mas ardientes y la parte mas decidida de sus tropas se negaron á reconocer la soberanía de los romanos, viéndose obligado Pompeyo, en el año 63, á perder tres meses en el sitio de la fuerte montaña del Templo, que defendieron sus adversarios con extraordinaria tenacidad, hasta que por último, aprovechando la estricta observancia religiosa que hacían los judíos del sábado, pudo en tal día apoderarse de la casi inexpugnable fortaleza. Unos 15,000 judíos perecieron en este hecho de armas; Jerusalem vió derribadas sus murallas; el reino de los Macabeos fué desmembrado y perdió sus posesiones celesirias y parte de los territorios costaneros y de los que se extendían el Este del Jordan. Aristóbulo fué conducido á Roma y el país judaico cayó de nuevo en poder de Hircano, que lo gobernó solo como Sumo Sacerdote y etnarca tributario de los romanos, teniendo á su lado al astuto idumeo Antipatro, fundador de la que despues había de ser familia de Herodes. Desde el año 57 el gobernador romano Gabinio dividió la Judea en cinco diócesis municipales. Al abandonar la Siria, puso Pompeyo la nueva provincia bajo las órdenes de Marco Scauro, que la gobernó como cuestor *pro pretore*; pero, desde el año 61, residieron en Antioquía los propietarios y próconsules.

Mientras Pompeyo conquistaba de esta suerte el Oriente, y desde el Cáucaso y el mar Caspio hasta el istmo de Suez

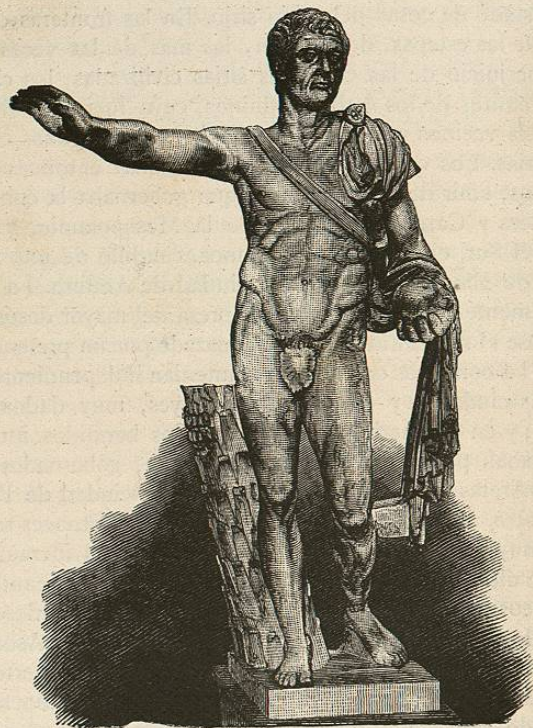


sentaba las bases fundamentales de la dominación romana en las comarcas orientales, dominación que se mantuvo hasta los tiempos de los primeros califas árabes, la suerte que siempre le había acompañado favorecía sus planes en el Norte. Cuando el altivo imperator acampó en la llanura de Jericó (63), se le presentaron emisarios pónicos, coronados de laureles, anunciándole que el rey Mitrídates había muerto en Panticapeon. El anciano y mortal enemigo de los romanos, firmemente decidido á aprovechar el tiempo que, al parecer, le dejaba Pompeyo desde su retirada de Fasis, en el año 65, se había dirigido desde Dioscuria hácia Panticapeon, venciendo y deshaciéndose, sin grandes dificultades, de su hijo Machares, que gobernaba en esta última ciudad y estaba en pacíficas relaciones con Roma, y haciendo nuevos é importantes aprestos para la lucha. Habiendo fracasado todas sus tentativas para llegar á un arreglo con los romanos, los cuales querían que él en persona se les entregase, exigencia harto humillante para el anciano rey, organizó un nuevo ejército de 36,000 hombres y una escuadra, y pensó seriamente en abrirse paso hácia Italia, al través de los territorios que se extendían entre la Crimea y los Alpes orientales. Este plan temerario no pudo realizarse: las exacciones y violencias cometidas por el nuevo ejército indignaron profundamente al pueblo del Bósforo; las tropas, además, no tenían gana ninguna de correr nuevas aventuras; y por último la desconfianza y el deseo de deshacerse de los individuos de su familia y de su séquito, que cada día eran mayores en Mitrídates, excitaron el descontento y el temor entre los suyos. Cuando en tales circunstancias Castor, que gobernaba en Fanagoria, indujo á esta ciudad á sublevarse, encontró, en el año 63, su ejemplo gran eco en la Crimea; y cuando Farnaces, hijo del rey, al cual aventajaba en crueldad y egoísmo, se puso al frente de la rebelión para salvar su porvenir, todo el ejército abrazó su causa. Entonces imposible le fué á Mitrídates permanecer en Panticapeon, y no vio mas recurso que hacerse matar por un mercenario celta, después de haber envenenado á su hija y á todas las mujeres de su harem. Farnaces, que puso en seguida en conocimiento de Pompeyo la catástrofe de su padre, recibió como premio de su conducta el título de amigo y aliado del pueblo romano y la segura posesión de la herencia de su padre al Norte y al Este del mar Negro. La ciudad de Fanagoria fué la única declarada independiente.

X.—POMPEYO ORGANIZA EL ORIENTE ROMANO. EGIPTO

La noticia de la muerte de Mitrídates permitió á Pompeyo circunscribir la esfera de su acción en el Oriente. La soberanía de Roma había llegado al Este á los límites que después habían de extenderse en tiempo de Octaviano por el Egipto, y por el territorio de los partos en la época de Trajano. Además de la provincia siria, había organizado Pompeyo la bitónica, anexionando á ella los territorios de la costa oriental hasta el Halis y hasta el Amisos, y poniéndola bajo la administración de un propretor que residía en Nicomedia. Además, en el mismo año 64, la Cilicia fué organizada formando el centro de un extenso gobierno: el gobernador romano administraba desde Tarso, nueva capital de la provincia, la Cilicia oriental, ocupada hasta entonces por Tigranes, y la occidental, junto con las comarcas de Panfilia, Pisidia, Isauria y Licaonia, si bien Pompeyo dejó en ellas á una serie de familias indígenas reinantes, tributarias de los romanos, tales como los Teucridas en Olbe, al Norte de Soloi, en el Tauro, y la familia Tarcondimotos en Amanos, permitiendo también que dentro de los dominios romanos del Asia Menor oriental subsistiesen, con territorios un tanto importan-

tes, algunas dinastías vasallas de Roma. Como tales pueden citarse la del caudillo gálata Deyotaro, que durante la última guerra había prestado buenos servicios á Roma, y que como rey obtuvo, además de sus antiguas posesiones de Galacia, la mitad oriental del Ponto con Trapezunte, y mas adelante la pequeña Armenia, ó sea el territorio que se extendía hasta las fronteras de la Cólquide y de la Grande Armenia, y el país de los trocmes gálatas. Asimismo en la Paflagonia interior siguió gobernando una línea colateral



Pompeyo (Roma, palacio Spada)

de los antiguos Fleménidas; fué considerablemente ensanchado el antiguo reino de Capadocia; y en la Comana pónica (hoy Gumenek, en Tokat), y en la ciudad capadocia del mismo nombre, subsistió la dominación de los sumos sacerdotes. En la pónica residía Arquelao, hijo de Arquelao, el general pónico.

Con gran predilección y muy previsora mente supo aprovechar Pompeyo en el Asia Menor y en Siria los elementos de organización que le ofrecían las ciudades helenizadas, creando en Capadocia, Ponto y Paflagonia, del propio modo que lo había hecho en Cilicia, una vida municipal muy ventajosa para la civilización de estas comarcas.

Aun cuando Pompeyo sacó del Asia sumas importantes para su ejército y para el erario público; aun cuando el tributo considerable para las cajas del Estado, que las nuevas provincias y los vasallos de su demarcación pagaron á Roma, no se aplicó en su mayor parte á las necesidades del país, la nueva organización dada al Oriente fué muy provechosa para los asiáticos. Ante todo, estos pueblos vieron restablecida la paz general, que se destruyó nuevamente cuando el mundo romano se vió de nuevo envuelto en las guerras civiles del cesarismo. Prescindiendo del rencor de los judíos vencidos, no existía en Oriente mas que un punto en donde una grave falta de Pompeyo creó á los romanos un enemigo que había de ser para ellos muy peligroso. Nos referimos á las pocas consideraciones que Pompeyo guardó á Frates III, rompiendo de esta suerte las buenas relaciones que hasta entonces habían existido entre Roma y los partos, los cuales tenían razón sobrada para quejarse de la violación que ha-

bían sufrido sus fronteras del Éufrates. Por de pronto, sin embargo, como Pompeyo, considerado como dueño soberano del Oriente, contaba con fuerzas considerables, no era de temer nada del reino del Iran.

Antes de hacer por largo tiempo punto final á la historia de las relaciones romanas en Oriente, debemos notar que durante la guerra con Mitrídates, encendida en el año 74, los romanos conquistaron dos nuevas provincias. Por un lado, la isla de Creta se había convertido en una posesión romana, á consecuencia de la conquista de Metelo, ignorándose si fué desde luego organizada como provincia independiente, ó si en un principio quedó unida á la Macedonia hasta el año 59 en que recibió un gobernador propio: y por otro, los romanos se hicieron fuertes en otro punto del Africa septentrional, es decir, en Cirene. Cuando en el año 117, murió el temible Tolomeo VII Fiscon, ocupó el trono su joven viuda Cleopatra. Esta, de mala gana, y bajo la presión de los alejandrinos, consintió en partir el trono con su hijo mayor Tolomeo VIII Latiro, conocido también con el nombre de Soter II. Pero en el año 107 estalló el rompimiento entre la ambiciosa reina y su hijo, viéndose éste obligado á huir primero á Chipre y luego á Siria, y ceder el trono á su hermano Tolomeo IX (Alejandro I) que por espacio de diez y ocho años llevó una vida oscura al lado de su madre, hasta que, amenazado por esta cruel mujer, la mató añadiendo este crimen á la historia de los horrores de los Lágidas. Perseguido, sin embargo, por la cólera de su pueblo, hubo de abandonar trono y reino (89), refugiándose en el extranjero, en donde murió al poco tiempo. En tan terribles circunstancias, fué Tolomeo VIII nuevamente llamado á Egipto, debiendo antes dominar una formidable sublevación en la Tebaida, sublevación que quedó apagada á los tres años, cuando el nuevo Faraon hubo abierto sensibles y grandes brechas en las colosales construcciones del tiempo de los Ramescidas, que los amotinados habían convertido en ciudadelas. Mientras la dinastía de los Lágidas se consumía en luchas intestinas, perdía una de las mas preciosas perlas de su corona. Tolomeo llamado Apion, hijo natural del sanguinario Fiscon, había recibido en 117, por vía de transacción, la hermosa comarca de Cirene; y habiendo muerto en 97 sin hijos, dejó esta isla en testamento, no á su hermanastro, sino á los romanos, los cuales solo se posesionaron de los bienes de la corona, declarando libres á las ciudades, que solo debían entregar anualmente una cantidad determinada de *silphium*, uno de sus mas preciados productos. Sin embargo, las ciudades de la Cirenaica, incapaces de gobernarse á sí mismas, destruidas por odios y luchas intestinas, hubieron de considerar como un beneficio que el Senado, en el año 74, organizase en toda regla la provincia, poniéndola bajo las órdenes de un cuestor *pro pretore*.

El reino de los Lágidas se iba cada día debilitando mas y mas: muerto Tolomeo VIII en 82 ó en 81, sin dejar mas que una hija legítima, Berenice, que fué durante algun tiempo esposa de su hermano Alejandro I, Sila vióse obligado á intervenir en los asuntos de aquel reino, por los romanos protegido desde muy antiguo, disponiendo que aquella se casara con su hijastro, que Alejandro I había tenido de una anterior unión, que habitaba en Roma y que tenía doce años menos que ella. Cuando el nuevo rey, Tolomeo X (Alejandro II), asesinó, á las tres semanas de matrimonio, á su esposa y fué á su vez muerto por el pueblo (81), quedó extinguida la línea legítima de los Lágidas. Este último rey había nombrado en testamento herederos á los romanos; pero el Senado no se dejó seducir por ello, pues, en la situación y con los recursos que tenía el Egipto, parecía harto peligroso tentar la ambición de muchos hombres, dándoles el cargo de

gobernadores en el Nilo, y antes al contrario dejó que se disputasen la soberanía dos hijos bastardos de Latiro. De estos, el uno se fortificó en Chipre; el otro, Tolomeo IX, llamado Auletes por su afición á tocar la flauta, hombre de mal corazón y de corrompidas costumbres, ocupó el valle del Nilo. El Senado no reconoció ni al uno ni al otro: la ambiciosa oligarquía romana vió con placer que Auletes al cabo de algun tiempo tuviera que enviar á Roma ricos presentes para asegurar de hecho su corona; pero las exacciones que para ello hubo de cometer, produjeron poco á poco tal indignación, que el desgraciado soberano solo pudo encontrar un asilo en Asia, gracias á la proximidad del ejército pompeyano.

Cuando Pompeyo, durante el verano del año 63, hubo puesto en orden los asuntos de Siria, y vencido á sus adversarios judíos, consideró terminada su misión en el Asia. Dió sin embargo algunas disposiciones para evitar que en lo sucesivo se reprodujera el peligro de la piratería. Hecho esto, regresó al Ponto: durante la primavera del año 62 embarcóse el general romano en Amisos, dirigiéndose á Lesbos y luego á Efeso, en donde se juntaron la escuadra y el ejército de tierra, y se distribuyeron los presentes entre los soldados. Desde la capital asiática, marchó hácia Atenas, y desde allí á Brindis, en donde el célebre y victorioso imperator, en el cual contemplaba el Oriente al nuevo monarca de Roma, desembarcó á fines del año 62, siendo esta la primera tierra itálica que pisó á su regreso. La Italia entera esperaba con ansia su llegada. Tales como se habían presentado los asuntos de Oriente, desde que Pompeyo había salido de Roma para acabar con los corsarios, y tales como habían ocurrido los sucesos en Italia, desde la rogación de Manilio, era indudable que á la república romana le quedaban muy cortos días de existencia.

XI.—SITUACION EN ROMA. CRASO. CÉSAR. CATILINA

Durante la larga ausencia de Pompeyo, sus enemigos de Italia no habían permanecido ociosos. La oligarquía, sin embargo, que le trataba entonces con soberano desprecio, carecía por completo de fuerzas, debiendo contentarse con festejar á Lúculo, que se encontraba muy enfermo, como el único y legítimo vencedor de la guerra pónico-armenia y con convertir, siguiendo la antigua costumbre romana, las victorias de Pompeyo en Siria en motivos de sarcástica burla. Otra cosa acontecía en la democracia, cuyos caudillos durante la ausencia de Pompeyo, solo trataron de crearse una situación y un poder militares, para poder, en tiempo oportuno, entablar la lucha contra las temidas tendencias monárquicas del victorioso imperator. Créese generalmente que todos los conflictos políticos acaecidos en Roma desde el año 66 nacieron de esta animosidad contra el posible monarca romano; pero no hay esta unidad de pareceres entre los historiadores modernos, cuando se trata de las cuestiones de detalle. Lo único positivo que se sabe es que, en la atmósfera que entonces predominaba en Italia, la menor intriga tomaba rápidamente los caracteres de conjuración, y que entre los jefes de partido y á su lado trabajaban otros elementos que no querían desperdiciar la ocasión de realizar en tales circunstancias sus planes de dominación en alto grado funestos.

Entre los viejos políticos, no oligárquicos, había un hombre, M. Craso, que llegó á ser el mas acérrimo rival de Pompeyo, y que se inclinaba cada vez mas al partido democrático. Jurisconsulto inteligente, y sobre todo banquero acomodado, que, por sus mañas durante las proscripciones de Sila, había logrado reunir una colosal riqueza, valiéndose para ello de todos los medios imaginables, algunos poco decorosos, procuró intimar con un joven político, perteneciente á una fami-